

Andrés Sabella

Crónica mínima de una gran poesía

I



ON Pedro de Valdivia escribía a su Rey, haciendo entonces la primera fotografía total de Chile: «Es más poblada que la Nueva España, muy sana, fertilísima e apacible, de muy lindo temple, riquísima de minas de oro, que en ninguna parte se ha dado cata que no se saque». Y don Alonso de Ercilla, coincidiendo en su destino de fecundidad:

«Chile, fértil provincia y señalada».

con lo que ya se declaraba para el tiempo que Chile tenía las entrañas llenas de bondad; de oro, es decir, de nobleza para el juego de la vida y de la muerte—que es como decir para la poesía: de ahí que no sea extraño el espectáculo de sueño que emerge de tanto chileno, aunque se nos haya tildado, por oscuros años, de gente de historia, pero no de la que se aventura y velero entregado a quién sabe cuántos horizontes! ¡Somos un pueblo que sueña! A pesar del caballero que husmea rastros en infolios, Chile canta y se entrega a la pura mentira. Poeta fué el mal llamado «chango López», soñando en su botecillo de nom-

bre señero: «Halcón», en el oleaje macho del norte: «Halcón», en el prólogo del salitre. Poeta era don José Santos Ossa, llevando la fortuna y la desgracia como dos ángeles sobre su frente. Poetas todos los Juanes y los Pedro y los González que treparon el Morro, en la mañana asombrada de Arica; que se perdieron, cualquiera vez, en el mapa del mundo; que atajaron las balas con su hombría inmensa en los agua-fuertes de las huelgas; que se desangran medio a medio de la noche, bajo la equis instantánea de los cuchillos que, muertos de hambre, comparten su pan; que mueren haciendo una sonrisa, como un epitafio adelantado y jovial. Poetas son los que comen su juventud, palpando el desierto, como una extraordinaria mujer que ocultase el placer definitivo; poetas los que cosen de contrabandos la cordillera; poetas los que adoran el organillo y el sueño dulce de Balmaceda, en tricomías que refulgen como talismanes; poetas los que bailan en las pesadas lanchas maulinas encima del invierno; poetas los que envejecen por las calles de los archipiélagos; poetas los que avanzan hacia el porvenir, cantando hasta por sus harapos, seguros de que de alguna bandera bajará la felicidad! . . .

Y somos poetas, porque allá mueve el mar sus resonancias y los peces van y vienen, los peces que son las flores de las últimas distancias; porque allí Los Andes nos derraman su leche plateada y casi celeste; porque el viento que escapa del austro nos refresca las cúspides del corazón; porque el oro que en ninguna parte se ha dado cata que no se saque», besa las raíces de nuestra sangre; porque el Valle Central es una joyería que ilumina hasta el confín de nuestra cabeza; porque el cielo chileno aprendió a trocarse en mano y nos guía como la de un padre por caminos de seda; porque la mujer que florece a nuestra orilla es un cántaro de vino y una guitarra hecha de mundo.

Y Chile mismo, en su conformación de serpiente y de humo, de espada y de flauta, de capricho y de arbitrio, es una hoja de poesía.

Poetas sin olivo, con la frente linda sólo por un toque de sol y de trabajo, ¡cuántos chilenos en la antología de los entierros y los bautizos, de los casorios y los trenes, pintando el día! Sin caligrafías ni ex libris, ¡cuántos poetas con sus mariposas en los mercados y en los domingos, en la carta y en la manera! ¡Somos un pueblo que sueña! Un pueblo que aunque no escriba poesía, la lleva en sí como el pájaro los secretos del cielo!... (1).

Chile quiere decir «tierra profunda», «lo mejor que da la tierra», lo que viene a ser tierra cuyo sino está henchido de enigma; tierra bendita por todos los arco-iris, por todos los estíos, por todas las gracias, por todas las Buenaventuras.

(1) Chile es país de payadores, de improvisadores; los apodos, los refranes y hasta los insultos aprisionan un sentido metafórico: «El cara de pregunta», «Robarlè los huevos al águila», «El patas de garabato». Domingo Urzúa Cruzat editó una Biblioteca Económica, 1903, cuyo primer cuadernillo era de «Improvisadores chilenos»; en este cuadernillo aparecen nombres de hirviente recuerdo: Tomás Mardones, «el ratón», de Santa Cruz de Colchagua, quien saludó de este modo a un usurero llamado ño Adrián:

«Con leva viene ño Adrián
y es tan antigua su leva,
que la hizo nuestra madre Eva
para nuestro padre Adán».

En Curicó, el relojero y guitarrista Gaspar Contreras y el abogado José Munita; y en San Fernando, José A. González.

En algunos libros de Acevedo Hernández y en artículos de Rocco del Campo y Oreste Plath hay constataciones a lo que señaláramos al comienzo.

En la actualidad conozco a dos poetas populares de intención: Jesús Segundo Brito y Francisco Bustos, este último de tendencias gremialistas: es sabido que Brito frecuentó la amistad de intelectuales (Neruda), y sus versos se han publicado en la revista «Aurora de Chile», como expresión de pueblo.

Los trabajos de Valderrama y Vicuña Cifuentes revelan este aspecto nacional prolijamente, aspecto que aún promete sorpresas.

El conquistador y el poeta la adivinaron ubérrima y señalada por una lira de estrellas: «Es muy llana, y lo que no lo es, unas costezuelas apacibles; de mucha madera y muy linda»: «de mucha madera y muy linda»: madera de los puros instrumentos del canto, linda como una joya que lanzara sueños.

«La gente que produce es tan granada».

apunta Ercilla: gente de selección, y la selección implica posibilidad de andar naturalmente en el país de las hondas fantasías; gente, en cuanto a color por dentro, roja: del rojo de los incendios internos. ¡Somos un pueblo que sueña! El pueblo que incrustó su mirar en el centro de un diamante, para perforar a las cosas su más ocultas mallas.

II

El *Katufé* significa entre los araucanos el poeta, el varón que puede mover los hilos misteriosos del ser y del mundo. Es el varón que mira extrañamente y vive como rodeado por un invisible rebaño de fantasmas.

Las hazañas doran la lengua de estos hombres y los héroes emergen de su voz como de un agua milagrosa.

Los «*wcipife*», (los narradores), cuando deben recitar lo hacen con angustia, plañideramente.

El poeta equivale a la memoria iluminada. Así, el *Katufé* (2).

III.

Don Alonso de Ercilla, (1533-1594), inicia la canción escrita en nuestro clima de sangre de la Conquista. Es el exaltador, la columna que se graba a sí misma, de asombro. Hay que alabar

(2) Sobre «Lírica Araucana» véase «Selva Lírica».

la honradez del extranjero que supo mirar y admirar a los que le erguían sangre y fuego a los invasores. En el Canto I de «La Araucana» brillan dos estrofas que confluyen en la grandeza moral de nuestra primera piedra sanguínea:

«La gente que produce es tan granada,
tan soberbia, gallarda y belicosa,
que no ha sido por rey jamás regida
ni a extranjero dominio sometida».

.....

«No ha habido rey jamás que sujetase
esta soberbia gente libertada,
ni extranjera nación que se jactase
de haber dado en sus términos pisada».

Es el imperativo de la libertad la diadema que adorna el corazón de la raza.

Quiero, aquí, narrar algo que la historia ignora: cuando don Alonso escribía sus octavas reales, tuvo la cooperación de nuestros árboles y nuestra luna. ¿Cómo?, preguntaréis. Oídme; para que su faena de poeta no fuera extragada por la obscuridad, los árboles se encendían, por las noches, tal monumentales candelabros. Y la luna le cedía sus páginas, (porque la luna es como un libro), para que en ellas guardara el poema que volaba de sus sienas, lo mismo que una tumultuosa conmoción de pájaros de oro.

IV

Tambor y elogio para don García Hurtado de Mendoza, que fuera gobernador de Chile, es la obra de don Pedro de Oña, «Arauco Domado», (1596).

Y, luego, Hernando Alvarez de Toledo y su «Purén Indó-

mito» y Diego Santiesteban Osorio y su «Continuación de La Araucana». Y nombres que ostentan palomas dormidas: Juan Ignacio Molina, («El Jovenado»), Juan José Guillermo, (elegías); «el Quevedo chileno», el Padre López, dominico y festivo, el de «el reloj teatino»; y Lorenzo Mujica, flor de tertulias, improvisando como si sacara rosas del pecho:

«La mujer que da en querer
para todos tienen sal,
y es salero universal
el amor de la mujer;
mas si da en aborrecer
aquello que más amó,
no tiene sal, diré yo;
por cuya razón se infiere:
salero es con sal, si quiere,
salero sin sal, si no» (3).

Y, de este modo, galantería y espada, sotana donairosa y amores sin infierno, se ordena una cifra: 1810. Entonces, el Fraile de la Buena Muerte, Camilo Henríquez, se ordena en Fraile de la Buena Nueva y en nuestro firmamento nace una estrella roja. «Camilo Henríquez atacó el régimen colonial en prosa y en verso con el ardor de un fanático», escribe don Miguel Luis Amunátegui. Suyo es este Apólogo, de 20 de agosto de 1812, que comienza:

«*Error*, hijo muy caro de la noche sombría,
furiosos e insensibles a los hombres hacía».

(3) El pie quebrado que se le impuso a Mujica fué «salero sin sal, sin o». Otros improvisadores de entonces: el Padre Oteiza, dominicano, autor legítimo de aquello que dice: «Pobre flor! Qué mal naciste!», atribuida a Quevedo; y el Padre Escudero, franciscano.

No fué Camilo Henríquez un favorecido por la virtud poética; tampoco la suerte le doró la frente en el teatro. Pero es el pionero y su sombra equivale a una gigantesca bandera clavada en el corazón del alba.

Como si fuera el destello de la emancipación, en 1809, canta en la luz de Chile la primera imprenta hecha y derecha; la trajo un guatemalteco, Antonio José de Irisarri. Y, anudándose a nuestro país el internacionalismo progresista, es un argentino el que escribe «nuestra primera canción bélica», Bernardo Vera y Pintado. Anoto esto como un significativo símbolo de interamericanidad asentada en tierra chilena.

Es la hora de la poesía en forma de fusil (4).

V

José Joaquín de Mora y Andrés Bello, llenan la opaca fisonomía de Chile que—angelus a' angelus—amontona fuego para 1842.

Una mujer, la primera que supera el bordado y el Padre-nuestro, Mercedes Marín del Solar, circunstancialmente, al morir Portales, adviene en la madre de nuestra poesía, (1837); Vial Solar nos la describe y afirma que «Un artista la habría buscado como modelo para una obra delicada». Patriotismo y cristianismo contienen el río de su voz. Su hijo, Enrique del Solar, en 1874, publicó «Poesías de la señora doña Mercedes Marín del Solar». Es la poesía que aun tropieza en el suspiro y solloza en las esquinas de la Biblia.

(4) La primera ley de imprenta nuestra es de 23 de junio de 1813, surgida a raíz de escritos de Camilo Henríquez; lleva las firmas de Francisco Antonio Pérez, José Manuel Infante, Agustín Eizaguirre y Mariano Egaña. Parece que fué obra de Juan Egaña.

«Del seno maternal sacarte quiso
la sabia Providencia,
sin que el amargo cáliz de la vida
probase tu inocencia;
y del obscuro seno de la nada
sin conocer los bienes ni los males,
despiertas a delicias eternas».

(«A un niño que murió en el instante de nacer») (5).

Esta mujer reparte, con sus manos, las luciérnagas que alumbrarán, más adelante, el camino de los magníficos poetas de nuestra patria.

VI

1841. Galope de oriflamas libres por Los Andes. En Argentina, los hombres de pensamiento escapan. Chile abre sus brazos fraternos y agrandan nuestra mirada Domingo Faustino Sarmiento, Mitre, Alberdi, López, Gutiérrez, argentinos que amarran con su acción las raíces de las dos naciones. Sacudidas a la modorra. Palabras que escocan. José Victorino Lastarria, en 1842, levanta la «Sociedad Literaria» y edita un «Semana-rio Literario»: Jotabeche y el poeta Salvador Sanfuentes polemizan de él con Sarmiento y López, quienes responden desde «El Mercurio» de Valparaíso. Se baraja el naipe de no sé cuántos corazones del romanticismo. Se argumenta que los chilenos poseen alas de papel carbónico. Entretanto, Bello traduce a Hugo. Y Salvador Sanfuentes contesta la acusación con sus «Leyendas Nacionales».

«Leyendas Nacionales» se compone de «El Campanario»:

(5) Norah Lange escribió «Poema para un niño que no pudo nacer». (ver «Poesía». Revista Internacional de Poesía, junio de 1933, Buenos Aires: curiosa coincidencia).

«Inami o la Laguna de Ranco», en Valdivia, (leyenda indígena); y «Teudo o memorias de un Solitario». ¡Qué fina defensa de la chilenidad es el prólogo de «El Campanario»! Picardía que adquiere carácter de alfiler:

«Pero sé también, chilenos,
que si nunca comenzamos,
campo vastísimo damos
a los dicterios ajenos».

El poeta ubica nacionalmente la trinchera y el auditorio:

«Ya sabéis lo que nos dice
un periódico perverso,
que no ha producido un verso
nuestro caletre infelice».

Sanfuentes exprime salud lírica: 3 cantos arquitecturan «El Campanario», que se inicia con esta donairoso pintura:

«Cuando el siglo dieciocho promediaba
cierto Marqués vivía en nuestro sueño».

Y pintura lograda, con dedos prolijos, es el total de «El Campanario», donde la muerte de Leonor es una rosa gris en la corriente del tiempo.

Para mostrar el diámetro poético de Sanfuentes copiamos este cuadro en blanco y negro:

«Media noche va a sonar,
brilla en el cielo la luna,
mas tal vez una importuna
nube la viene a entoldar
negra, ominosa y tardía,

que a cada instante varía
su fantástico contorno,
y parece un triste adorno
puesto en salón de alegría» (6).

VII

La poesía asciende igual que una espira celeste, triunfa el album, distingue la melopea. Chile recita los primeros artículos del Código Civil. Ferrocarriles que asombran el paisaje hasta entonces triunfal en su desamparo. Cifras. Discursos. Correos administrativos. Mantienen la copa de plata del ensueño caballeros que escriben como para airear su corazón: Hermógenes de Irisarri, Eusebio Lillo, José Antonio Sofía, Guillermo Blest Gana, Guillermo Matta, Pablo Garriga, Luis Rodríguez Velasco. Eduardo de la Barra existe en un juego de rostros ajenos: Bécquer, Heine, perpetuándose por sus disfraces.

Hermógenes de Irisarri, absorbiendo la claridad de Francia, modela su corazón en algún soneto; Eusebio Lillo, que será Ministro del Interior de Balmaceda, comparte en su frente la porción de la ternura y la del fervor patrio, alcanzando el mérito de escribir nuestra Canción Nacional; José Antonio Sofía se anuda la corbata del más fino sentimiento y es estampa de parque en el ocaso; Guillermo Blest Gana representa una como eclosión de cristales interiores; Guillermo Matta, abundante y con el galardón de haber «sido el primero que de una manera deliberada y reflexiva ha dado a sus composiciones un rumbo filosófico, un fin social, haciendo servir las bellezas del ritmo y la armonía al desarrollo intelectual de su país en un sentido

(6) El segundo trabajo de «Leyendas Nacionales» es de mayores alientos: el tercero trae una nota en que se lee que el autor extrajo su poema de «un antiguo manuscrito, donde había consignado la mayor parte de su vida un misionero, que lo terminó en el centro de la Araucanía».

más noble y elevado», (Armando Donoso); Pablo Garriga presente en voz, pero con el espíritu ausente de Chile; y Luis Rodríguez Velasco, actualizándose, en este instante, con su poema «La Unión Americana».

«¡Y tiemblen los tiranos de Europa la guerrera
al vernos agrupados en torno a un pabellón!
La idea es una sola, sólo haya una bandera,
¡no hay Andes! ¡No haya istmo! ¡Sólo haya una nación!»

Y tantos más, medio a medio del silencio, de perfil para la caricia de las viejas antologías! (7)

VIII

Un diario, en 1887. «La Epoca», tiende sus columnas como los surcos necesarios para la elevación del tono lírico de Chile: los cigarrillos redactan las rutas de las primeras audacias. Alfredo Irarrázaval aporta la sonrisa, (recordad su «Examen de Aritmética»); Luis Orrego Luco y Manuel Rodríguez Mendoza, prosa de anunciaciones; y Pedro Balmaceda Toro su visión de-senvuelta de cultura.

¡ Provechoso año éste! Un varón taciturno, con la fealdad externa que disimulaba la del alma, aumenta el ardor de estos soñadores. Viene de Nicaragua y en sus maletas se encuentran unas «Primeras notas», junto al espejo de los vagabundos, que es el único que copia las cabriolas del sol. Se llama, exóticamente, *Rubén Darío*, predestinación de reyes. Balmaceda

(7) Hermógenes de Irisarri prologó el libro de José Antonio Sofía, «Hojas de Otoño», (1878), afirmando que en las páginas de él «el verdadero poeta se siente y se presiente en todas ellas»: de Sofía es ese retrato que se inicia: «De blanco estaba vestida», etc. Blest Gana fué autor de «Armonías» y «Poesías», en 1884 y 85 respectivamente. Abundante bibliografía es la de Matta y Lillo.

descubre, una noche, sus fibras de oro, fibras de guitarra magnífica. Intiman. Se publica ese tomo pleno de auroras que es «Abrojos», al que seguirá, un año después, «Azul», estatua de cielo en la brújula de la poesía americana. Chile continúa siendo cruce de americanidad. Además, en 1887, acontece un diluvio de rimas con el Certamen Varela: concurren Darío, Ramón Escutti Orrego, Pedro Nolasco Préndez, Eduardo de la Barra. (8).

IX

«La Revista Cómica» echa a rodar sus ironías políticas en 1895: la poesía roza el pelambre banal. Pero sopla una tempestad que la favorece y la dignifica: se publica «Ritmos» de Pedro Antonio González, libro que es el arco de triunfo de la poesía moderna en nuestro país (9). González es el poeta que resume las viejas virtudes de sus predecesores y se llaga las sienes por lograr la belleza: antes que él la poesía no tuvo esta vocación, esta dedicación sedienta y abnegada. González se crucifica a sí mismo en sus tripentálicas. Acepta el tatuaje de fuego que es la poesía y lo ostenta orgullosamente. Cuando se habla de González es preciso unir a su figura la del inolvidable Marcial Cabrera Guerra, Guerra es el timonel de la poesía moderna chilena. La impulsa. La defiende. Para González equivale al Bautista. Su frente se reparte en fraternales directivas. Los poetas le debemos a Guerra la biografía valorativa de su tan noble destino (10).

«La Lira Chilena» puebla los domingos en 1898. Es una revista quincenal con seudónimos, matrimonios, muchos avisos y pocas colaboraciones meritorias. Alberto Mauret Caamaño

(8) Eduardo de la Barra prologó la primera edición de «Azul».

(9) Fué Director Propietario de «La Revista Cómica», Samuel Fernández Montalva y Director Artístico Luis Fernando Rojas, al reaparecer en la segunda semana de octubre, en 1905. (Año X): se fundó en 1895.

(10) Guerra enloqueció. También escribió versos.

destaca sus poesías del azúcar escarlata y es, a la postre, el único sobreviviente de esta aventura (11).

En medio de estas publicaciones caben tres figuras altas: Ricardo Fernández Montalva, llovido de sangres puras, cerrando la marcha de los románticos y definiéndose en su «Nueva Magdalena», (¡cómo arroja flores a su retrato mi incendiada adolescencia!); Julio Vicuña Cifuentes, erudito y valioso, fiel a «La Mimosita»; y Antonio Bórquez Solar, quien remece las conciencias con sus innovaciones estridentes en la forma y sus denuncias sociales, que flamean como un harapo ensangrentado:

«Cayeron, porque pidieron
esos pobres que allí van,
otro pedazo de pan
a los que se enriquecieron
con el sudor que les dieron
esos tristes del salario
que, al desplomarse al osario
vieron brillar en sus plantas,
como las víctimas santas,
el resplandor del Calvario».

(*Los Huelguistas*).

Marcial Cabrera Guerra concentra sus inquietudes y en el diario «La Ley» crea un Anexo Dominical; después, «Pluma y Lápiz», (1900), revista que es para nosotros como libro santo, primera revista de evaluación, hogar de los que ensancharon los primeros horizontes de nuestra poesía (12).

(11) «La Lira Chilena» tuvo por Director Literario a Samuel Fernández Montalva y por Director Artístico a Luis E. Gutiérrez; era una publicación quincenal ilustrada. Fué su dibujante Luis Fernando Rojas.

(12) El Semanario Ilustrado «Pluma y Lápiz» apareció el 2 de diciembre de 1900, siendo su cuerpo de Redacción y Colaboración el siguiente:

Augusto G. Thompson, que hoy es Augusto D'Halmar, poeta aunque no angoste su emoción en el verso, traductor del lituano Oscar de Lubicz Miloz, poseído por el fantasma de los mares, dardea el ambiente con «Instantáneas de Luz y Sombra». Se decapita el siglo XIX. Un olor a entraña criolla sube de alguna parte: «Pancho y Tomás» sonríen en la égloga; «El Pintor Pereza» viaja en tercera clase; «Teodorinda» canta sus

te: Marcial Cabrera Guerra, (*Guerrette*); Pedro Antonio González, G. Valledor Sánchez; Diego Dublé Urrutia; J. Díaz Garcés, (*Angel Pino*); C. Varas Montero, (*Cirano de Bergerac*); Benjamín Vicuña Subercaseaux, (*Tatin*); R. Bascur Rubio; R. Prieto Molina; P. Rivas Vicuña, (*Perdican*); F. Gana Gana; Oscar Sepúlveda, (*Volney*); Samuel A. Lillo; J. Prieto Lastarria, (*Bleu d'Isle*); y Julio Vicuña Cifuentes, más el cuerpo técnico de artistas y dibujantes. Decía el primer editorial de «Pluma y Lápiz»: «Prescindimos por completo de matices partidistas» para pronunciarse en contra «de todo lo grosero y todo lo tonto». En su número 2 rindió homenaje a Oscar Wilde, muerto a la sazón, y publicó el primer fragmento de la «Balada de la Cárcel de Reading», traducida por un colaborador extranjero: Darío Herrera. «Colaboraron en Pluma y Lápiz», junto a otros: Mauret; Luis R. Boza; el poeta humorista Pedro E. Gil (*Antuco Antúnez*), con sus «Charlas domingueras»; Antonio Bórquez Solar; Magallanes; Pezoa; Rocuant, etc. En el número 27 de «Pluma y Lápiz» apareció un poema, «Mi perro», de Cabrera Guerra. «Pluma y Lápiz» tuvo una segunda época en 1912, (primer número: Viernes 19 de julio), bajo la dirección de Fernando Santiván y siendo Secretario de Redacción Daniel de la Vega. Decían sus ejecutores que esta «Pluma y Lápiz» «pretende ser una evocación de ese pasado de sana, de alegre camaradería intelectual». En su primer número opinaron sobre Cabrera Guerra: Mauret, La Torre, Montenegro, Maluenda, Martín Escobar, Gustavo Silva, A. Carvajal, Yáñez Silva, Januario Espinoza, Francisco Contreras y Armando Donoso. En el número 4, Pedro E. Gil recuerda, en «San Carlos 639», al gran Cabrera. En esta segunda época de «Pluma y Lápiz» irrumpen firmas actuales: Melfi, Alone, etc.

Gustavo Valledor Sánchez fundó con Emilio Rodríguez Mendoza «El Año Literario».

Oscar Sepúlveda, muerto en Antofagasta, anunció, en «Pluma y Lápiz», un libro que no publicó: «Cantos del Paraíso»; tuvo Sepúlveda gestos reivindicadores en la pampa; escribió con tinta romántica.

quince años: es el poeta Carlos Pezoa Vélis que desciende nadie sabe de dónde, pero que palpa la patria y la expresa.

Los guiñapos; el sol dolido de los suburbios; los perros repletos de melancolía; los vagabundos ardientes que aprenden Chile, durmiendo a cielo raso, en una palabra, lo que constituye nuestra cara dolorosa y auténtica, halla en su garganta la definición que nadie formulara antes, que nadie pudo—tampoco—lograr cabalmente, ya que Pezoa sintetiza nuestro pueblo: es sufrido, socarrón, andariego, amigo de calmar penas.

Ernesto Montenegro llamará, al publicar su libro, en 1912, «Alma Chilena» a la obra de Pezoa, compendiando en el título la verdad de este artista, quien, además, de este mérito de chilenidad, de ser ala de nuestra alma, vive en la posteridad cariñosa de nuestra memoria, con el de haber enaltecido la imagen, casi, me atrevería a escribir, de haberla descubierto entre nosotros;

«..... La lectura agobia
y anteojos de bruma pone en la nariz» (13).

Francisco Contreras contrasta con Pezoa. Contreras que adora la argucia lírica, el brillo formal, mantiene correspondencia con la novedad. Es el introductor de diplomáticos del decadentismo. Más, ¡vivemos su esfuerzo! Contreras, ojo finísimo, da las llaves de la curiosidad inteligente a nuestro medio. Será el apóstol de la poesía, así a secas, sin adjetivos de didác-

(13) «Luz y Sombra» apareció el 24 de marzo de 1900, era la continuación de «El Turista». Director Propietario: Alfredo Melossi. Esta revista se fusionó con «Instantáneas» el 9 de septiembre de 1900, («Instantáneas de Luz y Sombra»), adviniendo luego a su mando Augusto d'Halmar.

«Luz y Sombra» tuvo otra hora, en Valparaíso, durante 1915. Directores propietarios: Jorge Orfanos y Eduardo Lillo Silva. Director Literario: Luis E. Carrera «apasionado fervoroso de Pezoa Vélis».

tica. En 1899 entregó «La Revista de Santiago». Después, en París, deviene eje de lo americano, (1905-1932).

«Del mar a la montaña», (1903), se llama el libro máximo de Diego Dublé Urrutia: libro de pintor enamorado del naípe de panoramas de Chile; Dublé mira y canta, al tanto que Pezoa forcejea con los paisajes subjetivos del hombre de Chile.

Samuel A. Lillo: fervor de la tierra chilena, meditación prolongada sobre el río de nuestra sangre, compromiso solemne con la raza y, abnegadamente, poeta de tónica mayor en la esperanza de una mañana pura (14).

Con inspiración de pólvoras libertarias, Víctor Domingo Silva, acoge el llanto horrible de la pampa, en «Hacia Allá», (1906), libro de páginas ardientes, donde la «Nueva Marsellesa» es un relámpago de unidad en la pasión de la justicia:

«Hermanos en la vida y en el trabajo, hermanos
en el dolor y en todo: estrechemos las manos
y pues marchamos todos por un mismo camino
vamos a la conquista de nuestro gran destino» (15).

Anecdotalizando, convencional, Antonio Orrego Barros edita, en 1903, «Alma Criolla». Orrego se «ahuasa» para conquistar la medida intransferible y un aliento de flores silvestres lo destaca: Chile sigue su línea de puertas cerradas; salvo escasos poetas escapan a su vórtice. La libertad, la flor nacional, la naturaleza chilena, los momentos heroicos, sus soldados, completan la temática.

(14) Pedro Pablo Figueroa escribió de Samuel A. Lillo: «cantor de la vida y de la naturaleza selvática y grandiosa, a la vez que del esfuerzo redentor», (1908).

(15) Un poeta facturado por la ocasión, Clodomiro Castro, en Iquique, en 1896, escribió «Las Pampas Salitreras», poema en 5 cantos y en versos «rasos», como el mismo autor denominó los suyos: denuncia de dolor proletario, en versos mediocres.

Jorge González Bastías pule el ensueño del agua cristalina y es humo de atardecer su traslúcida canción: leal a sus «Misas de Primavera», (1912), en 1940, es el cantor «Del Venero Nativo». Ernesto Guzmán, ¡qué pulcritud de mármoles!, se universaliza en el amor de las cosas que reflejan el mundo: el agua, las nubes, Jesús, las manos; es el defensor del verso blanco y éste le ha prodigado sus últimas cumbres.

Poeta y pintor, ser coimado por la gracia, Manuel Magallanes Moure aporta una como dulce marea de espigas; la pintura le ha permitido al poeta la difícil concisión, la justeza de palabras en una poesía saturada de celeste y cielo humano; su poema «Apaisement» es de esos que irradian más allá de toda escuela.

Los poetas buscan ahora sus territorios íntimos. Hay viajes hacia comarcas inubicables. Un peregrino azul recorre las arterias. Jerónimo Lagos Lisboa rotula a su primer libro, (1915), «Yo iba solo...», sensación de marcha, pero de marcha con un solo equipaje: el corazón; Alberto Ried deformará formalmente este título y designará a su libro de poesías «El hombre que anda». Lagos Lisboa espolvorea sobre sus cantos una tenue capa luna y Carlos Mondaca, como él, en 1910, ha resumido en un título la devoción de irse, de tomar contacto con el horizonte: «Por los caminos». Como en Lagos Lisboa, en Mondaca existe angustia. Sin embargo, Mondaca fué designado con mayor ceniza y sus poemas son monogramas de sal y llanto; un pájaro de sangre corona la frente de este poeta quien, como Baudelaire, ha penetrado en el arcano del reloj; Mondaca es el hijo que leva en sus venas las enormes estrofas de la elegía por la madre muerta:

«¡Gracias, madre!
 Por todos los dones de tu corazón,
 por tu santa emoción;
 y por la exaltación
 y la pasión».

Rama de mitología, sed de Grecia vieja, es la inspiración de Horacio Olivos, quien, en su libro «Neuróticas», (1903), se distancia del copihue y se avecina en el laurel. Olivos, Contreras y González, en cierto modo, son los grandes desertores del anillo chileno, para explorar playas nuevas, pero dormidas en alguna parte, sólo que Contreras después de adormirse bajo la luna de Brujas y de Amberes, recibirá un flechazo de nostalgia que resonará en la suavidad de su alma, para brindarnos «Luna de la Patria», «única, lánguida, grata», en una confesión de renovada adherencia a lo nuestro.

Miguel Luis Rocuant es el éxtasis que expone: dominio de arcillas nobles. Zoilo Escobar es el ejemplo del que investiga su psiquis incansablemente y no extravía su corazón en los años; su libro «Girasoles de papel», publicado a bastante distancia de sus inicios, es un muestrario de su agilidad lírica, de su paso firme y siempre en el minuto que vive; corazón de brújula, su Norte está lealmente en el cielo de los pobres; el mar de Valparaíso le flexibiliza los sueños.

«Juventud», (1909), prelude la cadencia y la limpieza que otorgará a sus poemas Max Jara, poeta de penumbra fragante y de lenguaje transparente.

Baudeleriano, con fortísimas tempestades anímicas, Alberto Moreno es el «poeta maldito» entre nosotros; su «Giganta» es una potente composición al margen de la del maestro de «Las flores del mal»: Nefthalí Agrella seleccionó la obra de Moreno y nos mostró un temperamento de fuegos oscuros: así nos presenta su «Musa Moderna»;

«Hoy adora placeres misteriosos,
donde hay fósforo, azufre, valeriana;
donde hay espasmos tétricos, nerviosos,
y un regusto supremo de nirvana» (16).

(16) Nombres, nombres, nombres, apuntando, con su índice de astros, la permanencia de sus pasos: Alfredo Guillermo Bravo, tangente a los su-

Una figura de príncipes de antología es la de Pedro Prado: cabeza de muchas suertes, frecuente el color, la línea, el poema; y en el poema alcanza desde la autonomía meditativa, hasta el soneto, en su «Otoño en las Dunas», (1940), sosteniendo atmósferas de serenidad y elegancia. Prado es el mantenedor del «Grupo Los X», (1917), que reúne firmas valederas de nuestra literatura; grupo que edita una «Pequeña Antología»: una revista y construye en Santiago, (Santa Rosa 179), una torre para alcanzar la soledad augusta del arte, en una especie de convento de la creación (17).

«¿Cómo quedan, Señor, durmiendo los suicidas?»

pregunta Gabriela Mistral, y en este verso yo la singularizo: su poesía, de mujer con las entrañas vueltas diamante, es un largo diálogo con la divinidad, con la variación de un mismo ardiente tema: la angustia ovillada en el destino. La Mistral difiere de todas las poetisas por ese su acento entero, de piedra sagrada: el mundo le preocupa y su tragedia nunca descende a la información azuleja y vacía: constante nivel de aristocracia de lágrimas, continua elevación de copa rebasada de un vino siniestro. Estrella de América, su luz no es de estas zonas. «Desolación», (1923), su primer libro, dedicado a don Pedro Aguirre Cerda, está en el vértice de donde escapan los rayos; es un libro facturado a filo de instinto. «Tala», (1938), su otro libro,

burbios y a la redención; Augusto Winter, en un zoológico ideal: cisnes, hualas; Ignacio Verdugo Cavada, escondiendo en el herbario del alma los copihues de su gloria; Ernesto Montenegro, de verbo social, en la soledad del desierto; Benjamín Velasco Reyes, Juvenal Rubio, Benjamín Oviedo...

Nestali Agrella publicó, en 1927, «Poemas», libro de luces vanguardistas.

(17) Frente a «Los X», es menester colocar, aunque ello escape a este trabajo, a la Colonia Tolstoiana, comandada por d'Halmar, realizándose en San Bernardo: unión de artistas chilenos en el afán de una vida resplandeciente de virtud, de unidad con la naturaleza.

es el logrado con la sabiduría; el que da el conocimiento y que en su grandeza carece de esa atractiva naturalidad del cielo que preside a «Desolación». La Mistral ha sido conceptuada como la poetisa de los niños, afirmación que negamos; los niños no la comprenden; ella es la garganta de las madres, las madres hablan en su voz; su tónica de suavidad no es la de la maravilla y los niños aman más que el lino, el trébol que se torna agua o esmeralda en sus manos.

Frente a Gabriela Mistral coloquemos la raya trémula de rocío de la obra de Olga Acevedo, quien sumerge en su libro «7 palabras de una canción ausente», (1929), su nombre, en el seudónimo de *Zaida Surah*; Olga Acevedo ha publicado posteriormente, «La Rosa en el Hemisferio», (1937), acercándose a circunstancias recónditas en un idioma enriquecido por un ejercicio sin fatigas.

Caudaloso, solo en su heredad de rubíes, Pablo de Rokha es el hombre sin ayer en nuestra poesía: de pie con sus tremendas perspectivas, alcanza una situación de coral bravío, a través de su numerosa trayectoria de obras: «Los Gemidos», (1922), resuena lo mismo que una campana de huesos soberbios en nuestras letras y su «Jesucristo», (1936), es libro monumental en el Continente. Sombra de amor y de canto, a su lado, Winétt de Rokha es, con Gabriela Mistral, la mujer que habla exenta de bordados sentimentales; Winétt penetra en una jornada de sombras peligrosas, de vaguedades poéticas, que son su encanto; su libro «Cantoral», (1937), parece una golondrina recostada en el amanecer (18).

Daniel de la Vega y Pedro Sienna encarnan el dolor de las candilejas, la luz trunca de las carpas de circos; de la Vega es

(18) En «Selva Lírica», Winétt de Rokha figura con el seudónimo de *Juana Inés de la Cruz*, Ver «Expresión», Revista Trimestral de Poesía, N.º 2, Santiago de Chile, 1938.

A Pablo y Winétt de Rokha se suma Carlos de Rokha, poeta de insospechada pureza.

el poeta que tiene escritas sus estrofas en los árboles provincianos, que tiene su defensa en la tarde de los enamorados, que debe leerse al borde de una mujer 1914. Sienna es el cronista de las noches de estreno, de los espejos de los camarines, de los aplausos que descuelgan la madrugada.

Verificando su vocación, en una inclinación devorante, Angel Cruchaga Santa María, realiza una órbita de dignidad en nuestra poesía; primero, es él una letra de incienso: después, la mujer vuela en sus ojos como una abeja de oro; y, al fin, con el reposo, en su obra premiada «Paso de Sombra», (1939), halla que un pájaro herido trae la esperanza a los arrabales...

Hermano menor de la rosa, Juan Guzmán Cruchaga, sobrevive por «Canción», síntesis de su temperamento cristalino. Y Carlos Barella, como él, con un bautizo de pólen, llega—lógica de su diafanidad—al poema para niños, con elementación de animales maravillosos.

Enrique Carvajal y Miguel Munizaga Ossandón, unidos al tiempo por una obra delicada, contrastan, no por esto, sino que por sus elementos con Jorge Hübner Bezanilla, abrazado al mundo, y con Juan Egaña y Raimundo Echeverría Larrázaval, dolientes en sus espadas de invierno.

Alberto Valdivia, en «Romanzas en Gris», (1922), acarrea lejanías y sollozos a las páginas antológicas chilenas. Luciano Morgad, un día por venir, inflado de auroras. Carlos Préndez Saldías ejerce poesía asoleada y transparente; y en David Perry, la forma logra su meridiano, «Los Témpanos Errantes»: (1915).

Luis Felipe Contardo recoge en su pecho la iragancia cristiana y en sus vestiduras quedan huellas de astros, como condecoraciones; sus sonetos son pequeños cuadros de fluidez y apostolado (19).

(19) La poesía chilena conserva, además del nombre antológico del sacerdote Contardo, los de los sacerdotes Bernardino Abarzúa y Francisco Donoso, poetas de modernidad fresca y valiosa.

Carlos Acuña aporta la frescura campesina, el requiebro oloroso a yerbabuena; su balada «El Ulpo» es una breve obra maestra en su género; le brillan en la canción a Carlos Acuña los ponchos felices, las espuelas de plata, desafiando al sol.

Lautaro García evoca figuras lejanas y ondea en su ensueño piel de mujer, Eusebio Ibar, actualmente en la indiferencia de Antofagasta, apunta proas jóvenes, como la de su «Nocturno Aspero». Roberto Meza Fuentes colma una época con su actividad y su poesía; está durante 1920 en la avanzada desde «Juventud», revista de la Federación de Estudiantes, y sus versos estallan armoniosos; en 1933 concentra en «Palabras de Amor» una etapa de su ruta.

Paralelamente a «Juventud» irrumpe «Claridad», fundada por el poeta Alberto Rojas Jiménez, quien, con Martín Bunter, en 1920, propone la técnica «Agú», desde un jovial manifiesto dadaísta; Rojas Jiménez, a máquina, obsequia a sus íntimos con un libro de blancuras: «Solnei»; poeta de amplias corrientes, se pierde en la bohemia y de su viaje a Europa quedan unas crónicas de inmensa simpatía y sus poemas de «Carta-Océano», anunciados por varias editoriales y nunca publicados.

Armando Blin edifica sonetines con espontaneidad admirable:

«Por los callejones viejos
los faroles alineados
parecen ojos cansados
de pretender mirar lejos».

Vicente Huidobro que tiene un alba indecisa, pronto salta, poesía al cinto, a cimas desconocidas. El tiempo poético de Huidobro suena clarísimo y a él le debemos el afán por la altitud del oficio, la inquietud creadora contra la mala bohemia con telarañas por el cuerpo; Huidobro suma a los «ismos» una modalidad, *el creacionismo*, exigiendo al fenómeno poético esfuerzos de rigurosa imaginación y expresión; por su devoción

puede pensarse en Francisco Contreras, como Huidobro, proponiéndose el derrame de una sensibilidad nueva en nuestra poesía: Huidobro ha escrito libros en francés y en español y figura en algunas antologías francesas, (de aquí la razón de esa crónica de Rojas Jiménez, que empieza, más o menos: «Vicente Huidobro, poeta francés nacido en Santiago de Chile», etc. (20).

Una gota de sangre salpica nuestras antologías: un poeta muere, enloquecido, por soñar la Justicia y la Libertad: es José Domingo Gómez Rojas. En una celda vulgar escribe sus poemas finales, que exudan la macicez de su temperamento; muere a los 24 años, (1920), pero lega una obra impar por su desnuda belleza; se llamó para los antologistas de «Selva Lírica» *Daniel Vásquez* y con este seudónimo publicó poemas de factura singular: Gómez Rojas compendia el grito caliente de humanidad que ha venido formándose, tal una gigantesca ola de lava, desde la boca de Camilo Henríquez (21).

X

«La Canción de la Fiesta, (1921), es el pregón de esa marea renovadora, dominante y única que demarcará los lindes de la esencia poética de Pablo Neruda. Neruda es flor de oca-sos en «Crepusculario», (1923); es mano de estíos en «20 poemas de Amor y una Canción Desesperada», (1924), es capitán de rudos sueños en «Tentativa del Hombre Infinito», (1925); es sugerente en «Anillos», (prosas en colaboración con Tomás

(20) Ver «Cosmópolis», N.º 1. En estos últimos años, Huidobro ha publicado, con interrupción, una revista combativa: «Total».

(21) Ver «Rebeldías Líricas», segunda edición, 1940. Al cumplirse 20 años de la muerte de Gómez Rojas, fué inaugurado en Santiago un parque que lleva su nombre: de desear sería, y lo proponemos, que la Municipalidad de Santiago cambiara a ciertas calles nombres que nada evocan y bautizara a éstas, o a las que vengan, con nombres de escritores, poetas y artistas nacionales; de este modo; se perpetuarían sus firmas y se avaluarían en una obra nacional que es a todas luces necesaria: *Calle Baldomero Lillo, Calle Pedro Antonio González, Calle Virginio Arias...*

Lagos, 1926); es lacerado y poeta en su novela «El Habitante y su Esperanza», (1926); es adicto de Sabat Ercaasty en «El Hondero Entusiasta», (1933); para ser él, signo de plata, en sus tomos de «Residencia en la Tierra», (1934, el primero; al año siguiente se reimprime en España, donde le homenajean los mejores poetas de la Península); la Guerra Española prende su frente y «España en el Corazón», (1937), es un obelisco de sangre popular, florido en gratitud americana. Neruda es el poeta que agota los adjetivos y el que ensalza, con su magia, toda cosa, tornándola virgen, en trance continuo de descubrirse. Estilo de lluvias, auriga de las estrofas que no conocen sino el espacio de lo definitivo (22).

Apropiándose un título de Rimbaud, Salvador Reyes echa navíos imposibles en la poesía nacional con sus poemas de «Barco Ebrio», (1923), que aprieta todas las ansias anteriores de evasión que flotaban en la ambición de nuestros poetas y puebla de océano los ojos: él parte a conquistar territorios reservados a poetas; su poesía es una constante partida a repúblicas de humo, a islas donde el corazón es fustigado por canciones inolvidables. Su inspiración marinera influencia a numerosas firmas, se desenvuelve en sus cuentos y redacta los poemas de «Las mareas del Sur», (1930), (23).

Juan Florit, Moraga Bustamante, Luis Enrique Délano y Alejandro Gutiérrez, (estos últimos hermanándose en «El Pescador de Estrellas», 1925), apedrean romanticismos y juegan con arco-iris de anilinas verbales; huelen a 20 años y el mar mece sus pulsos (24).

(22) «Crepusculario» iba a llamarse primeramente «Helios», se anunció en «Juventud», (1921). En 1939 publica: «Las Furias y las Penas».

(23) Es «Barco Ebrio» el primer libro primero de poesía que destroza sus vinculaciones con la manera lírica anterior.

(24) Más nombres que fulguran entonces y pasan: Homero y Fenelón Arce; Alíro Oyarzún; Samuel Letelier Maturana; Yolando Pino Saavedra; Moisés Cáceres, muerto en París.

Juan Marín, en 1929, golpea violentamente con «Looping», libro que es una versión de hierros y aceites; libro que está en el límite de los dancings, devorando ruidos y exaltando piernas como mástiles de un barco nocturno. «Looping» repercute en «Acuarium», (1934), donde Marín vocea su sol mental, su parentesco legítimo con el siglo (25).

Torres Rioseco, como Marín pudo nacer en un cantar de New York. Pero un filamento de patria lo ata al tricolor y a sus leyendas, en algunos romances.

Carlos Casassus, en «Altamar», (1925), es el poeta de la distancia querida, de los soles que arden en el adiós, al revés de Alberto Ulloa, quien reposa su fe en las láminas doradas de la campiña.

El novelista Manuel Rojas compone «La Tonada del Transeúnte», (1927), equilibrando sentimiento y novedad. Romeo Murga nos habla de caminos tendidos en el corazón y al igual que Cifuentes Sepúlveda muestra un calvario negro en sus retinas. Rubén Azócar realiza en su poema «La Puerta» un giro de pureza; después maneja la crítica y triunfa en la novela.

En La Serena, señor de sus palabras, desgrana cantares Fernando Binvignat.

En 1926, una editorial, la «Panorama», presenta los primeros libros de Gerardo Seguel, («2 campanarios a la orilla del cielo»), Rosamel del Valle, («Mirador»), y Humberto Díaz-Casánueva, («El aventurero de Saba»); Seguel, por su vinculación al pueblo, escribirá, en 1937, «Horizonte Despierto», urgido de futuro; del Valle, en 1939, condensará en «Poesía» su importan-

(25) Nota aparte merecen los «runrunistas»: Benjamín Morgado, Clemente Andrade Marchant, Raúl Lara, Reyes-Messa y Pérez Santana.

Piruetas: juventud: libros de imágenes multicolores; postura de bandera roja, cruzando el ceño de los burgueses de la literatura: eso fué el «runrunismo»: del «runrún», rodela cantadora del suburbio chileno en los dedos de nuestros niños; y como el «runrún», música primitiva, pero dotada del sonido actual,

tísima experiencia, densa en mundos cerrados; y, recién, Díaz Casanueva produce «El Blasfemo Coronado», obra de mente acostumbrada a trabajar sobre sus propias tremendas substancias.

Raúl Cuevas, después de «La Ciudad del Opio», (1927), publica «Noches y Días», (1929), premunido de cualidades sutiles. Alejandro Galaz agrupa en «Molino», (1929), sus collares rumorosos, El mismo año, en Valparaíso, Jacobo Danke y Oreste Plath conmocionan con «Poemario», tarjeta de visita de dos artistas; Danke revive la lentitud solemne de Miloz y Plath se precipita a una labor de amor por la poesía desde «Gong», su importante *tablero de arte y literatura* (26).

Los estudiantes de Derecho de la Universidad de Chile producen una falange estimable: Julio Barrenechea, tenue en sus temas de gracia; Augusto Santelices, entre un humorismo que no decoró antes nuestra poesía y una pena de otoño; Augusto Torricelli; René Frías; y Hernán Cañas, que acaban de brindarnos «Las Batallas Solitarias», con simpatía y luz humana en sus postreros tramos (27).

(26) Libros poéticos de Danke: «Lámpara en el Mar», «Las Barcarolas de Ulyses», «Baladas del País de los Vientos (inédito)»; Oreste Plath publicó: «Ancla de Espejos», (1935); en Plath destacamos a un afanoso impulsador de nuestra literatura; en su viaje a Perú fué cordial bocina de nuestras letras; ha publicado siluetas biográficas de artistas chilenos bastante completas, («La Nación», de Santiago, 1939), teniendo un acucioso ensayo de poesía chilena moderna, en espera de editor.

(27) El Centro de Derecho de la Universidad de Chile lanzó una revista de arte, «Mástil», prestigiada por firmas actuales de solvencia; fué dirigida por Augusto Santelices, por Jorge Téllez y, posteriormente, reapareció bajo la dirección del que esto escribe, aumentada con un Suplemento de Poesía, (1939-40); «Espejo del Sueño», (1935), premiado por la Municipalidad, es de Barrenechea.

A guisa de recuerdo, apuntaremos el nombre de algunas revistas en que la poesía nueva tuvo ambiente en nuestro país: «Dionysos», «Andarivel», «Ulyses», «Gong», «Hacia», «Azul», «Expresión», «Caballo de Bastos», «Letras», «Norte», «Litoral», «Rodó», «Ariel», «Dinamo», «Vértebra», «Puelche», «Nguillatún», «Acronal», «Mandrágora», «Pro», «Musa Joven», «Total», «Síntesis», etc. Ahora, «Multitud».

Juvencio Valle y Francisco Santana acercan a nuestros labios la harina armónica del sur; Valle existe como un glóbulo celeste perdido en heredades supremas; creador y profeta de la resina oculta y de los insectos que custodian la corteza terrestre, sus libros «La Flauta del Hombre-Pan», (1929), «Tratado del Bosque», (1932), y «El Libro Primero de Margarita», (1937) señalan alucinación y limpieza. Francisco Santana, autor de «Cauces de la Voz», (1936), ronda el palacio de los genios selváticos y es un bello árbol sensitivo en mitad de nuestra juventud.

Pedro Plonka, Quiñones Alvear y Moisés Moreno estilizan el humo de los adioses en Valparaíso; engancha a sus puños un color obrero Max Miroff, con sus escasos cantos de «Fragua», (1933); y Claudio Belmar, en el Puerto, trazó sus prosas poéticas de «País de Marionetes», (1931), (28).

«Puentes de humo», (1935), de Elías Ugarte Figueroa, «Cántaros de Amor», en el mismo año, de Orlando Cabrera Leyva y «Mapa de un Corazón», (1933), de Rodrigo Rodríguez San Martín, inscriben promesas, (29).

(28) Oscilando en pelea de juventud y de cultura, destácase Arturo Troncoso, autor de «Solveig», poemas. Troncoso fué colaborador eficaz de «Atenea» y murió, trágicamente, en el terremoto de Chillán de 1939, como Aliro Zumelzu, poeta de inspiración transparente en su libro inédito: «Té a la Memoria de Blanca Nieves», (20 años promisoros).

(29) Poetas de huella breve: Jara Azócar, Astolfo Tapia, Ricardo Boizard, Miguel Herrera, Eduardo Ugarte, Gustavo Alvial, Juan J. Hidalgo, Fausto Soto, Oscar Lanás, Guillermo Koenenkamp, Arturo Zúñiga.

Gustavo Alvial publicó tres libros en Antofagasta, donde hubo un movimiento de interés, 1925 a 1935, aprestándose para la lucha por un arte nuevo, muchachos cuya obra se perdió en los días: Eduardo Ventura, Fredes Rodríguez, Arcadio Méndez Vera, Rodó Vidal, Juan Abud, Norberto Hewitt, Orlando Cáceres, etc. El Dr. Atilio Machiavello desplegó en ese puerto fecunda obra poética, («Sonetos de la Inquietud Distante», «Albas de Medianoche»); otro médico, Antonio Rendic y Héctor Erazo Armas enoienden sonetos viejos; Augusto Iglesias, (*Julio Talanto*), publicó sus «Plegarias de la Carne» en imprenta antofagastina y con Salvador Reyes, Ma-

Juan Negro labora poemas con hálito de estrellas de infancia; Antonio de Undurraga desdeña el borbotón lírico y ciñe su decir a las formas; Victoriano Vicario enseña latitudes y personajes de leyenda; Omar Cerda toma del nombre de su libro «Porvenir de Diamante» de un verso de «Niña ahogada en un Pozo», un poema de García Lorca; gana Cerda el Concurso de Poetas Inéditos organizado por la Sociedad de Escritores de Chile, en 1939, con musicales poemas de factura clara e imágenes luminosas: finísimo y con el silencio de una progresión firme espera su hora Carlos Godoy Silva; Andrés Sabella lleva 10 años de jornada de poesía y de Revolución, formulándose en «La Sangre y sus Estatuas», (1940), como biógrafo de nombres y hechos de nuestra lucha obrera; Carlos Collins Bunster, en «Romancero del Ansia», (1934), actualiza el romance, que en Nicanor Parra y Oscar Castro esplenderá abundantemente; Parra lo cultiva en «Cancionero sin Nombre», (1938), y Castro deviene en paladín del octosílabo en «Camino del Alba», el mismo año; Parra ensaya recursos diferentes y lo consigue con provecho; Castro, enriquecido, se entrega en «Viaje del Alba a la Noche», (1940), después de ganar varios concursos, (30), Carlos Poblete escribe la alabanza carnal en «Paisaje del Sexo», (1933); Dewet Bascuñán, en las revistas de vanguardia, destrenza su

rio Bonatt y Cayetano Gutiérrez Valencia, (*Zayde*), dió los primeros combates de la novedad, (ver su revista «Iris»; otra de Antofagasta, «Mosaicos»); en Antofagasta vivió sus últimos años Mauret Caamaño y con César Erazo Armas elevó el tono de las publicaciones locales. Ver «Pulso», 1939-1940.

(30) Más poetas; Javier Vergara, Eduardo Roubilar, Eduardo Molina, Helio Rodríguez, Julio Molina, Julio Moncada, Benjamín Subercaseaux, Gustavo Ossorio, Pablo La Madrid, Mario Ahues, Adrián Jiménez, Arellano Marín, Héctor Videla López, Genaro Winétt, Robinson Gaete, Víctor Castro, Zlatko Brncic, Julio Sotomayor, Jorge Mario Quinzio, Alfredo Irisarri, Enrique Martínez, etc.

Afloran con garganta antigua: Alejandro Flores y Wáshington Espejo, en medio del ímpetu novísimo señalado.

entusiasmo de hombre; Alfredo Gandarillas es presentado en la revista «Letras» con delicados poemas; Caupolicán Montaldo, que antes es *Fernando Mirto*, trabaja «A orillas del Alba», (1935) y «El Segador de Rocío», (1939); Víctor Franzzani y Claudio Indo, activan sus palabras en «Arquitectura de la Sombra», (1939), y «El Descubridor Maravillado», (primer tomo de «Un Hombre apunta a su imagen», en el mismo año y en edición limitadísima, hecha en Estados Unidos de Norte América); el novelista Nicomedes Guzmán se presenta como poeta, publicando, en 1938, «La Ceniza y el Sueño», título que conforma, en 1939, Antonio Bombal para su libro inédito «La Ceniza y el Extasis»; Aldo Torres Púa, penetrado de amor por la poesía, ejerce en «El Sur» de Concepción la crítica de libros y produce tras de «Imágenes Silvestres», (1933), «Corbán», (1940); Carlos René Correa vive en suspenso por ataduras celestes y formaliza su valoración en las prosas poemáticas de su «Significación de las Cosas». (1940); tres libros estelan los treinta años de Luis Merino Reyes, libros con resplandor; Jorge Millas y Luis Oyarzún derrochan distinción en «Los Trabajos y los Días», (1939), y «Las Murallas del Sueño», (1940); Antonio Massís debuta con «Litoral Celeste», (1940); «Sombra y Sujeto», (1939) es la obra de Jaime Rayo, poeta de sombrías y cálidas hostias; Omar Cáceres en «Defensa del Idolo», (1934), es el centinela de los mundos que viajan detrás de nuestras manos; Alberto Baeza Flores y Juan Arcos se alían en un libro y se individualizan en «Animo para siempre» y «Vitalidad para el Ser», respectivamente, (1938); Baeza en su primer libro, «Experiencia de Sueño y Destino», (1930), es más artífice que en «Animo para Siempre», que pretende coger la hora revolucionaria; Arcos, castigado por igual objeto, concluye mayor prestancia poética; Saavedra Gómez, en «Cancionero», (1938), plantea senderos ingenuos en poesía para niños; Eduardo Anguita, que con Volodia Teitelboim realiza una selección antológica estricta de *poesía chilena nueva*, (1935), es un apasionada del fenómeno

poético, desgarrando hallazgos; y Braulio Arenas, Teófilo Cid, Enrique Gómez, Fernando Onfray, Jorge Cáceres, Mario Urzúa y Gonzalo Rojas verifican, en «Mandrágora», la *poesía negra*; Braulio Arenas, en 1940, adiciona su nombre a los jóvenes valores auténticos con «El Mundo y su Doble», (31).

XI

Podría escribirse que la poesía femenina chilena es de las María; el nombre éste, que sucna a cantarito de miel, es el de la mayoría de nuestras poetisas: María Monvel, María Isabel Peralta, María Antonieta Le Quesne, María Tagle, María Cristina Menares, María Rosa González, María Baeza, María Cristina Madrid: María Monvel, una cítara lejana; María Isabel Peralta, en «Caravana Parda», obscurece las tardes, como en «Recodo Azul», la dolida María Antonieta Le Quesne; bizarria expresiva es la de María Tagle; agua de lunas niñas yerque María Cristina Menares; María Rosa González juega en la hoguera de la vanguardia; María Baeza es íntima; María Cristina Madrid blande «Poemas del Amor Perdido»; luego, a ma-

(31) Juan Negro gana con «Mensaje de Poesía», 1936, el Premio Municipal de Poesía.

Como tendencia en los poetas jóvenes chilenos se constata su militancia en el tono social, entroncándose a los poetas ácratas de 1905, (ver «Selva Lírica»), y a los escasos que fustigaron la expoliación capitalista en lo que llamaremos, por llamar, «poesía culta»: Víctor Domingo Silva, Antonio Bórquez Solar, Alfredo Guillermo Bravo, etc. El líder de los trabajadores chilenos, Luis Emilio Recabarren Serrano, (1876-1924), compuso canciones de lucha de impulso socialista.

En cuanto al humorismo, (practicado antes por Pedro E. Gil), podemos admirarlo en haces de resonantes imágenes en Augusto Santelices, («El Agua en Sombra», 1929, su primer libro), y en los romances, chilenísimos en sus bases, de Nicanor Parra.

Luis Oyarzún obtuvo en 1940 el Premio de Poesía Inédita organizado por la Sociedad de Escritores de Chile: «Las Murallas del Sueño».

nera de calendario de jardines; Amalia Krug Peñafiel, Estela Miranda, Stella Corvalán, Lucía Condal, Esther Véliz Cuevas, Aída Moreno Lagos, Raquel Gutiérrez, Berta Quezada, Victoria Contreras, Chela Reyes, Sofía Casanueva, Rita Walker, Victoria Barrios, Amanda de Amunátegui, Dinka Ilic, Matilde Recart, Glady Thein, Olga Ferrer y Elcira Bravo, en épocas y giros confundidos, esperando su desgloce y su mármol, (32).

XII

«Crónica Mínima de una Gran Poesía», escrita con el corazón alborotado, obedece en sus limitaciones a la insalvable de un tiempo de urgencias y a un espacio recortado: vacié mi admiración y deploro no haber ahondado—¡cuánto lo quiero!—los perfiles de los poetas chilenos de mis años, los que tiemblan en sus sueños desde 1920 adelante. Si a alguien debiera yo dedicar este trabajo lo haría, gustoso, a los autores de «Selva Lirica», ardientemente escrita, documentada, corajuda y con la dimensión de una mirada comprensiva y justiciera, (33).

(32) Ver «Poetisas de Chile» y Uruguay». 1936, de Estela Miranda.

(33) En la poesía chilena acontece un curioso y desgraciado fenómeno que la afecta; mientras ella crece y se prestigia, la crítica de poesía chilena es nula, o idiota, cuando asoma sus anteojos de triste beata de almanaque... *La crítica oficial* no la menciona siquiera, y si llega a preocuparse de nuestros líricos nuevos es para zaherir sin sentido alguno: v. gr., Alone al escribir cuatro o cinco juegos de palabras al margen de «El Blasfemo Coronado», ensuciando así la seriedad que requiere un puesto de tal naturaleza. Con este sistema resulta que el público permanece atornillado a versos sobajeados y privado de posibilidades directrices que los que ejercen este magisterio debieran, al menos, indicar. He revisado un diario en el que durante un año no he leído más de tres comentarios a libros chilenos de poesía, habiéndose producido algunos meritorios; por ejemplo: los de Cruçhaga Santa María y Rosamel del Valle.

Han antologado nuestra poesía; Pedro Pablo Figueroa; Armando Donoso; Hernán del Solar, con errores numerosos, como Rubén Azócar; Tomás Lago; Yolando Pino Saavedra; O. Segura Castro y Julio Molina Núñez,

En resumen, nuestra poesía alza, en el pasado, hermosos instantes en que insurge su verídico rostro. En esa década espléndida de 1910 a 1920, que ha sido en verdad, la puerta por que entró a Chile la Poesía, ya vibran nombres que deberemos repetir constantemente con respeto: Pedro Prado, Manuel Magallanes Moure, Ernesto Guzmán, Carlos Mondaca, etc., verdaderos valores de selección. Y confundiéndose con nuestros incendios, los poetas cuya historia se sabe de memoria nuestra gratitud: Vicente Huidobro, Pablo de Rokha y Pablo Neruda: ellos han sido el Norte, el Sur y el Este de este gran Oeste de arrebató poético y de calidad legítima que caracteriza a nuestra poesía presente.

A. S.

Santiago, 11 a 26 de XII de 1940.

los autores de «Selva Lírica» (1917). También las antologías merecen un reparo: parece que los antologadores se limitaran a copiar lo que publicó el anterior y, de este modo, nuestros poetas resultan calcados hasta la fatiga: ¿no leen los antologadores en las fuentes directas? Es admirable la coincidencia de gustos que los define...

Como adictos a la sensibilidad nuestra debemos aplaudir algunos trabajos de Ricardo A. Latcham; Tomás Lago; Luis E. Délano; Francisco Santana; Carlos René Correa, (un poco a ventanas entornadas desde su ángulo político); Clarence Finlayson; Baeza Flores; Norberto Pinilla; Arturo Aldunate Phillips; Angel Cruchaga; Torres Púa; Julio Durán Cerda; Manuel Eduardo Hübner (*Pedro Olerón*) y otros pocos.

Nuestra poesía precisa que no se la tome accidentalmente, en amor esporádico; ella requiere—por su densidad, cantidad y calidad plausibles—dedicación, compenetración, atención a sus proyecciones que la sitúan tan favorablemente en el panorama americano.